

Arcadio Díaz Quiñones

Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición.

Argentina: Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

JUAN MANUEL CARRIÓN

Departamento de Ciencias Sociales General
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

Este libro es el resultado de muchos años de investigación y reflexión sobre la “ciudad letrada” en el Caribe Hispánico. Su autor, Arcadio Díaz Quiñones, es un distinguido profesor de literatura latinoamericana en la Universidad de Princeton. Anteriormente fue profesor en la Universidad de Puerto Rico. El libro consiste de seis capítulos que giran en torno a varios escritores, todos caribeños con la excepción de uno. La obra del español Marcelino Menéndez Pelayo se examina en su relación e influencia entre escritores caribeños. De los escritores caribeños examinados uno es de Santo Domingo (Pedro Henríquez Ureña), tres de Cuba (José Martí, Fernando Ortiz y Ramiro Guerra y Sánchez) y dos de Puerto Rico (Antonio S. Pedreira y Tomás Blanco). Con la excepción de Martí los autores caribeños examinados han nacido a finales del siglo XIX. Según su autor éste es un libro sobre “la historia de las ideas o de los intelectuales en el Caribe” (p. 69). *Sobre los principios*, al igual que cualquier otro libro, puede leerse de diversas maneras según el interés del lector. Alguien interesado en la obra literaria como tal puede leer con interés lo que se plantea sobre estos diversos escritores. Pero el libro tiene también su interés sociológico porque trata sobre el rol de los intelectuales en la formación de un imaginario nacional y por consiguiente de su relación con el nacionalismo.

Letrados, intelectuales, *intelligentsia*: esta es una categoría social que va por distintos nombres dependiendo del tiempo o lugar (del contexto histórico o nacional). Díaz Quiñones utiliza los tres términos y señala estar particularmente interesado en estudiar la transición entre letrado e intelectual moderno en el Caribe hispano.

El término letrado es un arcaísmo, hace referencia a un grupo social de carácter originalmente estamental. Se refiere a una categoría de personas que participaron en los procesos centralizadores de las monarquías renacentistas europeas y que en el Nuevo Mundo fueron de suma importancia para la administración del imperio español. Isabel la Católica centralizó el poder real reorganizando el Consejo de Castilla y reduciendo el poder de la alta aristocracia. Después de estos cambios el poder político va a estar en mano de “letrados” (hasta cierto punto sinónimo de “abogados”) que provenían de la baja nobleza, de la burguesía o de otros sectores afines. A diferencia de los aristócratas los letrados no tenían una base de poder propia, dependían del rey y de esta forma fortalecían a la monarquía en el ejercicio de su poder. El surgimiento de los letrados fue también el resultado de importantes cambios culturales y educativos que acompañaron el declinar de la autoridad eclesiástica. El poder o *status* superior del letrado se basaba en la posesión de una destreza especial en un mundo básicamente analfabeto. En el mundo “agrario-literario”, que según Ernest Gellner (1983) antecede al mundo “industrial moderno”, el alfabetismo de las masas era técnicamente imposible y socialmente innecesario. Pero los avances tecnológicos y las necesidades económicas del funcionamiento de una sociedad industrial moderna nos hacen “letrados” a todos. La posesión de las destrezas que conllevan poder leer y escribir se masifica a través de la educación pública y se convierten en requisito indispensable para la inmensa mayoría de los trabajos disponibles. La teoría de Gellner sobre el nacionalismo se basa precisamente en las consecuencias socio-políticas de ese cambio en la relación de la ‘alta cultura’ con las masas.

Intelectuales sería el término moderno para referirse a todas aquellas personas cuyo trabajo envuelve la producción, difusión y consumo activo de ideas y obras creativas de diverso tipo. *Intelligentsia*, por otro lado, es un término de origen ruso/polaco que nos refiere a un conjunto mucho más ampliamente definido que los intelectuales. Incluye a lo que podríamos llamar profesionales, por lo general, poseedores de credenciales académicas o formales. Para Anthony Smith (1991), intelectuales son los productores de ideas y obras de arte; y, la *intelligentsia*, por otro lado, es un conjunto más amplio que incluye a los profesionales y que se distingue a su vez de un conjunto aún más amplio que es el público educado en general. Cabe también distinguir entre intelectuales como categoría social y como comunidad, enfatizando en este último caso en los vínculos y redes en los que participan los intelectuales. Es la ‘comunidad imaginada’ que va con nombres como “ciudad letrada” o “Republic of Letters”.

La relación de los intelectuales con la estructura de desigualdad social también exige hacer distinciones. Por un lado están aquellos que por su origen social o por los intereses que defienden son intelectuales de clase (que pueden ser de cualquier clase) y por el otro está la cuestión de los intelectuales como clase, o grupo social socioeconómicamente constituido.

En la literatura académica sobre el nacionalismo muchos autores señalan la importancia de los intelectuales en la historia de esa ideología y movimiento. Estudiosos del nacionalismo tan diversos como Miroslav Hroch (1985), Elie Kedourie (1960), Tom Nairn (1977), John Breuilly (1982) y Anthony Smith (1998) reconocen la importancia de los intelectuales como creadores y formuladores del nacionalismo. Difieren en su apreciación de la relación entre los intelectuales y las masas. Unos ven esa relación más cercana o lejana que otros, unos ven una relación manipulativa mientras otros ven una relación más interactiva. Esta diversidad de enfoques es testimonio de la complejidad del asunto. Otra distinción importante para el análisis sobre la relación entre los intelectuales y el nacionalismo es la distinción entre intelectuales con o sin estado nacional propio que plantea Montserrat Gibernau (1999). Este criterio de diferenciación se podría aplicar a los escritores escogidos por Díaz Quiñones porque escritores puertorriqueños como él son de una nación sin Estado.

Resulta muy interesante la indagación que hace Díaz Quiñones sobre la relación entre los intelectuales y el nacionalismo en el caso del Caribe hispánico en su conjunto; en la comparación se ven similitudes y diferencias que responden a las particularidades de cada país. Díaz Quiñones ha hecho una contribución importante al estudio de este tema. A continuación voy a tocar algunos de los asuntos que el examina sin intentar ser exhaustivo sobre la totalidad de ellos. Uno de estos asuntos tiene que ver con el “hispanismo”, ideología de importante influencia entre los autores caribeños que Díaz Quiñones examina. El hispanismo es una ideología formada en el contrapunto entre España y sus antiguos territorios coloniales. Escritores a ambos lados del Atlántico contribuyen a su formación. En el caso de Marcelino Menéndez Pelayo el hispanismo correspondía a un “proyecto restaurador” que cobró mayor importancia como consecuencia del desastre de 1898. El proyecto era ‘restaurar’ el lugar central de España como “madre patria” ante los países independizados y el poder norteamericano en continuo aumento sobre la región. Diversos escritores caribeños simpatizaron con la propuesta de Menéndez Pelayo. Pero el hispanismo como ideología venía no sólo de España sino también de la academia norteamericana. Para ésta el hispanismo era principalmente una

valoración positiva de la ‘alta cultura’ española. Escritores como Pedro Henríquez Ureña y Antonio S. Pedreira estuvieron en su formación intelectual influenciados tanto por Menéndez Pelayo como por las vertientes estadounidenses del hispanismo.

En la tradición del separatismo decimonónico puertorriqueño, Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos hacían, por el contrario, una “deconstrucción radical del hispanismo” (p. 112). Entre estos era un “patriotismo republicano” y no un “nacionalismo cultural” lo que los caracterizaba. Pero entonces, creo yo, habría que añadir y enfatizar cómo la situación cambió en 1898. En la lucha anticolonial antes no era lógico resaltar los vínculos culturales con España. Después de la invasión de 1898 van a existir diferencias étnicas entre los dominados y los dominadores que eran previamente inexistentes. El desarrollo de una ‘etnicidad’ puertorriqueña se aceleró en el contraste con los nuevos amos coloniales. Díaz Quiñones reconoce que el “hispanismo” como ideología se manifiesta en muy diversas formas. El hispanismo de Tomás Blanco, por ejemplo, era republicano. Y en los años treinta con Francisco Franco en España surgía un hispanismo fascista. Como muy bien señala Díaz Quiñones hay que hablar del hispanismo en plural. Hay versiones académicas, populares, conservadoras, liberales, monárquicas, republicanas, etc.

Una cosa que no queda del todo clara en este libro es el criterio, más allá de su gusto personal, que Díaz Quiñones utilizó para su selección de escritores hispano caribeños. Mi preocupación es hasta qué punto son estos autores representativos del fenómeno que se quiere estudiar: la relación de los intelectuales con el nacionalismo. Todos ellos tienen en común ser escritores “entre-imperios” (*translatio imperii*, p. 69), su formación se da en ese momento del ocaso definitivo del imperio español en América y el ascenso impetuoso del imperio norteamericano sobre la región. Todos ellos enfatizan el contenido hispánico de su tradición de pueblo y menosprecian hasta cierto grado la herencia africana. Esto es así aun en el único de estos escritores que no es blanco, el dominicano Pedro Henríquez Ureña. Estas cosas las tienen en común pero no estoy convencido que son todos ellos personajes fundamentales en la construcción de los imaginarios nacionales de sus respectivos países. Los dos autores puertorriqueños incluidos en su libro problematizan la selección. Como también es cuestionable ver el autonomismo puertorriqueño como un buen ejemplo representativo del nacionalismo en Puerto Rico. Pedreira y Blanco, ¿verdaderamente contribuyeron al desarrollo de un imaginario nacional puertorriqueño o más bien contribuyeron a lo que podría llamarse un imaginario colonial?

¿Por qué escoger personas como Pedreira y Blanco para analizar la relación entre los intelectuales y el nacionalismo en Puerto Rico? “Un nacionalismo difuso pero nunca separatista” como el de Pedreira no es por mucho un buen ejemplo de nacionalismo si se quiere ser estricto en el uso de la palabra. Pienso que mejores ejemplos pueden haber sido Rosendo Matienzo Cintrón, José de Diego, Pedro Albizu Campos y Juan Antonio Corretjer. Entre estos no podría haber duda de su nacionalismo puertorriqueño porque demandaban un estado nacional. Arcadio Díaz Quiñones dice que Pedreira y Blanco contribuyeron a la formación del discurso de “lo puertorriqueño” y de la “esencia puertorriqueña”. Pero ese no es el discurso que informa a los independentistas que son los “nacionalistas de verdad”. La relación histórica entre el autonomismo (que es a la tradición a la que se vincula ese discurso) y la nación puertorriqueña es ambigua porque la existencia de la nación no es siempre defendida o reconocida por los que se han llamado autonomistas. Para Pedreira los héroes del pasado eran los autonomistas y abolicionistas del siglo XIX. Separatistas como Betances y Hostos no eran parte significativa del recuento discursivo del pasado. Pedreira a lo sumo defendía un nacionalismo cultural que era político en su defensa del autogobierno (*self-government*) pero no independentista porque en el fondo, al igual que otros autonomistas como Luis Muñoz Rivera, creía que el pueblo puertorriqueño tenía defectos en su formación que hacían ilusorio y utópico pensar en un Estado nacional.

Díaz Quiñones dice que los escritos de Pedreira y Blanco se convirtieron en “clásicos fundacionales”, que fueron “textos centrales en la elaboración de un imaginario nacional” que “sirvió de legitimación a la elite política modernizadora durante las décadas de 1940 y 1950” (p. 378). De nuevo, creo que fueron clásicos fundacionales pero no en la elaboración de un imaginario nacional porque como el propio Díaz Quiñones señala la elite modernizadora que hizo uso de esos ‘textos centrales’ prohibió el uso de la palabra nacional en referencia a Puerto Rico. Fueron más bien clásicos fundacionales en la reelaboración de un viejo imaginario colonialista que, condescendiente con la cultura popular (de ahí su iconografía ‘jíbara’), rechazaba la posibilidad de una autonomía completa por razón de limitaciones innatas en el pueblo puertorriqueño que lo condenaban de antemano al fracaso en cualquier intento de desarrollo por cuenta propia.

Se podría tal vez argumentar que Pedreira y Blanco fueron ‘intelectuales orgánicos’ (a la Gramsci) en la creación del Estado Libre Asociado (ELA). Según Díaz Quiñones el ELA es producto del “populismo puertorriqueño” que fue un “proyecto compartido y

unificador”. Pero entonces como él mismo señala el ELA nació bajo sospecha. Nació con la “ley de la mordaza” y la Guerra Fría: la represión y la guerra. Las contradicciones eran abundantes, el “militarismo fue pieza clave de la modernización puertorriqueña” (p. 398). Pedreira y Blanco son elaboradores de un imaginario no nacional sino más bien colonial. Fueron partícipes en la elaboración del discurso dominante puertorriqueño que consideraba la palabra nación como obsoleta, posmodernistas *avant la lettre*. El nacionalismo de estos escritores, si alguno, se limitaba a ser un nacionalismo cultural tímido.

REFERENCIAS

Breuilly, John. (1982). *Nationalism and the State*. Manchester, UK: Manchester University Press.

Gellner, Ernest. (1983). *Nations and Nationalism*. Oxford, UK: Blackwell Publishing.

Guibernau, Montserrat. (1999). *Nations without States*. Cambridge, UK: Polity Press.

Hroch, Miroslav. (1985). *Social Preconditions of National Revival in Europe*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.

Kedourie, Elie. (1960). *Nationalism*. London, UK: Hutchinson.

Nairn, Tom. (1977). *The Break-Up of Britain*. London, UK: NLB.

Smith, Anthony. (1991). *National Identity*. Reno, Las Vegas London: University of Nevada Press.

_____. (1998). *Nationalism and Modernism*. London, UK: Routledge.